



# Oeste Carys Davies



DESTINO

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Por lo que ella alcanzó a ver llevaba dos pistolas...

John Cyrus Bellman era un hombre alto...

La noche anterior a su partida...

Aquello había prendido una chispa en su interior...

Desde Lewistown, Bellman siguió avanzando...

A través del grueso tejido de la cortina...

Bellman acampó en la orilla del río Misuri...

Llegó el invierno, después la primavera...

Anciana de Allá Lejos tenía diecisiete años...

Tía Julie dijo que era desleal y desconsiderado...

Las cartas, ah...

Bellman había conocido a muchos nativos...

Volvió la primavera...

Aquel enorme hombre blanco...

Podía llegar a ser un trabajo bastante engorroso...

Los días pasaban, llovía mucho...

Desde su cama, Bess escuchaba...

Se detuvieron bajo un risco de arcilla azul...  
La tía lo invitaba ahora todos los días...  
Aquella misma primavera en Lewistown...  
A veces el río estaba demasiado bajo...  
Cierta día Bess está sentada en la escalera...  
De lo que Devereux, el vendedor de pieles...  
Mucho tiempo atrás...  
En Carter's, la hermana de Bellman...  
Empezaba a temer que nunca los encontraría...  
Algunos días, por hacer algo...  
Mediante una serie de gestos lentos...  
Vas a necesitar un vestido nuevo...  
Había encendido un fuego y cavado una fosa...  
En San Luis el chico olió cerveza...  
Desde lo del bibliotecario...  
El señor Hollinghurst había descrito un estrecho valle...  
Bess aguanta la respiración...  
Bess nunca dejaría de preguntarse...  
Agradecimientos  
Nota  
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a conte-  
nidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

# Sinopsis

Afectado por la pena causada por la muerte de su mujer y con una insatisfacción que no sabe ubicar, John Cyrus Bellman, un cuidador de mulas de treinta y cinco años, decide dejar su pequeña granja en Pensilvania para poner rumbo a una aventura imposible con apenas una brújula y algunas provisiones: seguir el rastro de los pioneros que aseguraron haber encontrado huesos de animales colosales en el interior del país. Tras prometer que volverá en dos años, deja atrás a su única hija adolescente, Bess, bajo el obsesivo cuidado de su hermana Julie.

La joven se ve forzada a vivir en un mundo hostil donde nadie parece reclamarla, mientras sigue los pasos de su padre a través de los viejos mapas que encuentra en la biblioteca local e intenta eludir las atenciones que tanto su tía como ella reciben del vecino, Elmer Jackson.

# Oeste

Carys

Davies

Traducción de  
Lorenzo Luengo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1436

*Para C., G., B. y A.*

Por lo que ella alcanzó a ver llevaba dos pistolas, un hacha de mano, un cuchillo, su manta enrollada, aquel enorme cofre de latón, diversos bultos y bolsas, una de las cuales, supuso, contenía las cosas de su madre.

—¿Te vas muy lejos?

—Eso depende.

—¿De dónde estén?

—Sí.

—¿Muy lejos, entonces? ¿Mil kilómetros? ¿Más de mil kilómetros?

—Más de mil kilómetros, diría yo, Bess, sí.

La hija de Bellman jugueteaba con un hilo suelto que colgaba de la manta, la cual, hasta aquella mañana, había cubierto la cama de su padre. Levantó la vista hacia él:

—Y luego para volver igual.

—Para volver igual, sí.

La niña se quedó inmóvil un momento, y por su aire entre serio y reconcentrado parecía tratar de imaginar lo que suponía un viaje de tamaño magnitud:

—Es todo un viaje.

—Sí que lo es.

—Pero si los encuentras valdrá la pena.

—Diría que sí, Bess. Sí.

Vio que Bess observaba sus bultos y sus bolsas y el enorme cofre de latón, y se preguntó si no estaría pensando en las cosas de Elsie. No había sido su intención que le viese guardándolas.

La niña trazaba un círculo con la puntera de su bota en el suelo enlodado:

—Entonces ¿cuánto tiempo estarás fuera? ¿Un mes? ¿Más de un mes?

Bellman sacudió la cabeza y la tomó de la mano:

—Oh, Bess, sí, más de un mes. Por lo menos un año. Quizá dos.

Bess asintió. Le escocían los ojos. Eso era mucho más de lo que había esperado, mucho más de lo que hubiera querido.

—En dos años tendré doce.

—Doce, sí.

La levantó en vilo y le dio un beso en la frente y le dijo adiós y en un abrir y cerrar de ojos estaba en la grupa del caballo, envuelto en su abrigo de lana marrón y tocado con su sombrero de copa negro, y enseguida descendió por el camino de piedra que se perdía más allá de la casa, alejándose ya en dirección oeste.

—No dejes de mirar, Bess, la sombra de tu padre, que allá se aleja —dijo su tía Julie desde el porche, con una voz tan alta que parecía una arenga—. Observa bien, Bess, a ese individuo, ese idiota, mi hermano John Cyrus Bellman, pues no verán tus ojos mayor necio que él. A partir de hoy lo cuento en el número de los dementes y de los perdidos. No esperes volver a verlo, y no levantes la mano para despedirlo, eso sólo servirá para envalentonarlo y hacer que piense que se ha ganado tus buenos deseos. Vamos, niña, entra, cierra la puerta, y olvídalos.

Bess se quedó allí un buen rato, sin hacer caso a las palabras de su tía Julie, observando a su padre cabalgar en la distancia.

En su opinión, John Cyrus Bellman no parecía ningún idiota.

En su opinión, parecía grandioso, resuelto, valeroso. En su opinión parecía inteligente y romántico y audaz. Parecía un hombre embarcado en una misión personal que lo hacía diferente del resto del mundo, y Bess decidió que, mientras su ausencia se prolongase, guardaría esa imagen que de él tenía en la mente: allá en lo alto de su caballo, con sus bolsas y sus bultos y sus armas, allá enfundado en su largo abrigo y tocado con su chistera, perdiéndose rumbo hacia el oeste.

No tenía la menor duda de que lo vería de nuevo.

John Cyrus Bellman era un hombre alto, robusto, pelirrojo, de treinta y cinco años, con manos y pies enormes y barba rubicunda, que se ganaba la vida criando mulas.

Tenía una educación, hasta cierto punto.

Sabía escribir, aunque no siempre era capaz de poner las letras en su sitio. Leía despacio pero bastante bien, y había enseñado a hacer lo propio a Bess.

Algo sabía de las estrellas, lo que era muy útil cuando le tocaba reconocer su lugar en el mundo una noche cualquiera. Y por si alguna vez no bastaba con lo que sabía, recientemente había adquirido una brújula pequeña pero, esperaba, fiable, que le mostró a Bess antes de partir: se trataba de un instrumento liso, del tamaño de una ciruela, engastado en un estuche de marfil pulido, que a su debido tiempo, prometió, apuntaría con aquella temblorosa aguja azul a su hogar.

La semana anterior, Bellman había cabalgado hasta la casa de su hermana Julie, y allí plantado, en el suelo que ella acababa de fregar, fue cambiando su peso de un enorme pie al otro mientras su hermana, sentada a la mesa, desplumaba una gallina:

—Me marchó, Julie —dijo, con una voz tan fuerte y nítida como fue capaz de articular—. Te agradecería que te ocupases de Bess un tiempo.

Julie permaneció en silencio mientras Bellman echaba mano al interior de su abrigo y sacaba del bolsillo de su camisa un recorte de periódico bien doblado, lo alisaba y lo leía en voz alta, explicándole a su hermana qué era lo que pretendía hacer.

Ella lo miró un momento, y luego volvió la gallina vientre arriba y siguió atareada en desplumarla, como si lo más sensato ahora fuera fingir que su enorme hermano de cabellos rojos no había pronunciado palabra.

Bellman dijo que intentaría estar de vuelta en un año.

—¿Un año?

La voz de Julie, aguda y estrangulada: como si algo se le hubiera ido por mal sitio y la estuviera ahogando.

Bellman se miró las botas:

—Bueno, posiblemente algo más de un año... pero no más de dos. Y tú y Bess tendréis la casa y el ganado, y dejaré aquí el reloj y el anillo de oro de Elsie por si alguna vez os veis en apuros y necesitáis dinero, y seguro que Elmer os echará una mano con cualquier trabajo pesado que haga falta sólo con que le pongáis una taza de café y una cena caliente de vez en cuando. —Bellman tomó aire—. Oh, Julie, por favor. Échame una mano. El camino es largo, y el viaje será lento y difícil.

Julie la emprendió con otra gallina.

Se alzó entre ambos un revuelo de plumas de color blanco y bronce, formando una agitada nube. Bellman estornudó varias veces sin que Julie murmurase un simple: «Jesús, Cy».

—Por favor, Julie, te lo ruego.

—No.

Era una aventura de locos, dijo.

Debía hacer algo práctico con su vida, como ir a la iglesia o buscarse una nueva esposa.

Bellman dijo que gracias pero que no le interesaba ninguna de esas dos cosas.

La noche anterior a su partida Bellman se sentó ante una mesa cuadrada de pino, en la modesta casa que él mismo había construido, para beber un café con su vecino Elmer Jackson, quien a veces le echaba una mano en sus propiedades.

A las diez llegó Julie, con su Biblia y su paraguas y aquel bolsito negro de viaje que tiempo atrás la había acompañado a ella, a Bellman y a la esposa de Bellman, Elsie, en su viaje desde Inglaterra a través del Atlántico.

Bellman no había terminado de guardar sus cosas, pero ya tenía puesto su abrigo de lana marrón y su bolsón de cuero colgaba de una larga correa de hebilla que le cruzaba el pecho. Un sombrero de copa nuevo, de color negro, aguardaba en la mesa junto a sus manos enormes, crispadas.

—Gracias por venir, Julie —dijo—. Te estoy muy agradecido.

Julie respondió con desdén:

—Veo que sigues teniendo intención de irte.

—Así es, sí.

—¿Y dónde está tu pobre niñita, y futura huérfana?